

La gran necesidad de un ministerio pastoral

R.J. Bayles; de la revista norteamericana anteriormente denominada *Help and Food*

- A. [La fuente del ministerio pastoral](#)
- B. [Qué es el ministerio pastoral](#)
- C. [Los objetos del ministerio pastoral](#)
- D. [Las calificaciones para el ministerio pastoral](#)
- E. [Por qué la falta del ministerio pastoral](#)

Por mucho tiempo el escritor ha sentido un profundo ejercicio a causa del poco ministerio pastoral que hay entre el pueblo de Dios que se congrega al sólo nombre, el nombre del Señor Jesucristo. No hemos estado solos en nuestra preocupación; los creyentes en muchas asambleas han lamentado la falta de cuidado pastoral y las pérdidas que ha causado.

A. La fuente del ministerio pastoral

Los dones dados a la Iglesia por el Señor resucitado se enumeran en Efesios 4.8 al 16. Como base para el tema que tenemos por delante, citamos los versículos 8 y 11: “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Él mismo constituyó

- a unos, apóstoles;
- a otros, profetas;
- a otros, evangelistas;
- a otros, pastores y maestros”.

Los dones de Efesios 4 son hombres; no son simplemente cualidades espirituales dadas a los hombres, como son los dones del Espíritu Santo que figuran en 1 Corintios 12. Son más bien los siervos de Cristo, llamados por su gracia y dados a la Iglesia. Entendemos que el sentido del trozo citado es que Él mismo preparó a unos para ser profetas, para ser evangelistas, etc.

Es claro en estas escrituras que estos hombres reciben las cualidades necesarias para su respectivo oficio. Estos dones - estos hombres - son dados por el Señor para que por medio de sus labores las personas en la tierra que se llaman “el cuerpo de Cristo” (la Iglesia universal) puedan ser llevadas a la perfección, o sea, a la madurez y estabilidad de las cuales se hablan en 4.12,13.

Correspondió a los apóstoles y profetas echar una base de verdades reveladas, o sea, de doctrina. Jesucristo mismo es la principal piedra en aquella base; Efesios 2.20. Una vez echada la base, los oficios de apóstoles y profetas desaparecieron. Ellos fueron los autores inspirados del Nuevo Testamento. No hay apóstoles ni profetas en el día de hoy. Varios sistemas religiosos han profesado contar con los tales, pero sus candidatos no cumplen con la prueba de 1 Juan 4.1: “probad los espíritus si son de Dios”. La asamblea en Éfeso probó a los impostores y los encontró mentirosos; véase Apocalipsis 2.2.

Los oficios, o ministerios, de evangelistas, pastores y maestros quedan vigentes hasta el traslado de la Iglesia en la venida del Señor. Desde los días apostólicos la Cabeza de la Iglesia no ha repartido ningún don superior a aquel de pastor.



Este don sigue al del evangelista en el 4.11 ya citado. No es secundario ni menos importante. Está puesto en segundo lugar porque la obra del pastor se realiza después de la del evangelista. La función del que cosecha sigue a la del que siembra; de la misma manera, la obra del pastor sigue la del evangelista. El trabajo del que cosecha sirve para conservar los granos que resultan del trabajo del sembrador. Así, el propósito de Dios en dar pastores a la Iglesia es que ellos conserven la cosecha del Evangelio.

Si esta orden divina fuera la que practicásemos, no habría necesidad del ruego que estamos presentando en este escrito. Pero no la practicamos, o por lo menos yo creo que no. En mi servicio para el Señor en los últimos veinticinco años entre los que se congregan al nombre del Señor Jesucristo, hemos notado una gran falta de personas que se dediquen a la obra del pastor. Año tras año se predica el Evangelio clara y fielmente, y muchos confiesan a Cristo como su Salvador personal. Pero, hermanos, hay “despilfarro”. No se conservan en las asambleas todos los frutos del Evangelio.

B. Qué es el ministerio pastoral

La palabra *pastor* es del griego *poimen*, uno que cuida y apacienta la grey; un zagal u ovejero. Es quien cuida las ovejas contra los ataques de las bestias de rapiña. Los pastores en el sentido espiritual son, entonces, los ovejeros entre el pueblo del Señor. Jesucristo es el príncipe de los pastores, como dice en 1 Pedro 5.4, y los pastores entre nosotros son los subalternos.

Los ancianos de la asamblea en Éfeso habían sido designados pastores. Se les exhorta en Hechos 20.28,29: “Mirad por vosotros, y por todo el rebaño que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacienta la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”.

Hay algunos que tienen miedo del título *pastor*, porque les sabe al clero u oficialismo que se encuentra en muchos grupos evangélicos. En vista de la manera como aquellas organizaciones usan la palabra, hay hermanos que piensan que *pastor* tiene que encerrar la idea de un ministerio exclusivo para uno solo. Pero las Escrituras emplean la palabra, y con esta autorización la usamos libremente. Rechazamos ese oficialismo que se ha presentado en el cristianismo.

C. Los objetos del ministerio pastoral

La obra del pastor es diferente a la del evangelista. Es tan variada como es la naturaleza humana. Por supuesto, la persona que se ofrece para esta labor debe mirar al Señor para dirección y capacidad de hacerla. Con todo, tal vez podemos ofrecer a continuación algunos comentarios sobre la demanda que se encuentra entre el pueblo del Señor en todas partes para un ministerio pastoral.

1. Los profesantes. Primero en importancia, creemos, es la atención a los nuevos creyentes. O, por lo menos, los que han profesado fe recientemente. ¡Cuán importante es el seguimiento de parte de un creyente sabio de cada caso profesión de fe en Cristo!

Nunca hay que pensar que toda profesión representa una verdedada conversión. Grande sería el gozo para evangelista si realmente pasara muerte a vida todo aquel que le dice ser salvo. Ninguno cree más firmemente que este escritor en la sencillez y poder del Evangelio de

Cristo y la promesa suya de no echar fuera a ninguno que acude a Él. Con todo, es triste pero cierto que hay muchos como las insensatas de Mateo capítulo 25. Profesan pero no poseen, y van al infierno religiosamente.

Muchas veces una fiel obra pastoral, quizás de parte del evangelista mismo, es la manera como el profesante descubre que no tiene en sí la raíz del asunto. No vamos a hablar aquí de por qué es así. Nos interesa sólo el ministerio personal que esta circunstancia exige. Sabemos de muchas personas que hicieron una falsa profesión en reunión pública y llegaron a ser realmente salvadas en una ocasión posterior cuando fueron visitadas en casa por uno que conversó cara a cara sobre las realidades del Evangelio. Apelamos directamente a los evangelistas. Ustedes, hombres nobles y piadosos, amantes de almas, que van de rincón a rincón del país para predicar la gracia salvadora de Dios: En todo lo que está en su poder, procure visitar personalmente a los que profesan fe en Cristo bajo su predicación.

2. Los nuevos en la fe. Me refiero a la necesidad de la visita pastoral a los “niños recién nacidos”. Se encuentran en un ambiente nuevo y extraño, y así debe ser, porque son “nuevas criaturas”. Para ellos abundan trampas y tropiezos, y luce muy grande esa trinidad maligna que es el mundo, la carne y el diablo. Solamente un cuidado pastoral dado en el poder del Espíritu, puede guiarles con seguridad en medio de estos peligros. No basta con sólo enseñarles la sana doctrina, aunque ésta es de suma importancia. Hay conflictos que tocan la vida íntima de cada cual y pueden ser resueltos sólo por un ministerio amoroso, personal y confidencial. Muchas veces tiene que ser hombre con hombre, mujer con mujer.

Creemos con toda nuestra alma en la seguridad eterna de todo ser realmente renacido. Creemos que un alma es salvada una vez y eternamente solamente al poner fe en la obra de Jesucristo. Pero jamás debemos pensar que el recién nacido está salvo en todo el sentido de esa palabra, si no cuenta con sustento fiel y pastoral, quien sea que lo ministre. Queremos decir salvo del poder del pecado en la carne; salvo de las tentaciones mundanas; salvo de los engaños de Satanás. ¿Acaso alguno piensa que una criatura de pocos días puede ser abandonada en una calle pública, y va a estar bien porque ya nació?

Por favor, no me entienda mal. Un alma renacida, convertida, salva, jamás se perderá en lo que se refiere al bienestar eterno. Pero en cuanto a la vida presente, muchos hijos de Dios se están perdiendo por falta de cuidado espiritual. Están perdiendo la paz, el gozo y la victoria cristiana; no tienen testimonio delante del mundo; están perdiendo la comunión con el pueblo del Señor. Están en el abandono espiritual, sin comunión práctica con el Padre y el Hijo.

3. Los niños. Aplicamos esto de una manera especial a los niños convertidos. Últimamente se ha dado énfasis al evangelismo entre menores, hasta el punto que muchos hermanos dedican todo su tiempo a esta forma de servicio. Por esto damos gracias. Pero, ¡qué responsabilidad adicional recae sobre nuestras reuniones!

Para quizás una mayoría de los niños que profesan fe, no se puede encomendar a sus hogares la responsabilidad de cuidarlos espiritualmente. Muchos vienen de familias inconversas. Es triste decirlo, pero no todos los padres son capaces de responder a los niños ni a los jóvenes creyentes, aun cuando estos padres sean salvos. El nuevo creyente que es joven anhela un cuidado pastoral y comprensivo.

4. Los tropezados. Ellos se encuentran en toda asamblea del pueblo del Señor. Algunos quizás no sean tropezados, pero están apenas flotando. Son renacidos, pero débiles y enfermizos espiritualmente. Por lo general son gente sensible, tal vez exageradamente sensible. Sufren de ofensas reales e imaginarias; las deficiencias que ven en los líderes son verdaderos estorbos para ellos.

Esta clase de creyente requiere el bálsamo de la Palabra de Dios, administrado con amor y gracia. Nunca deben ser vistos como sin esperanza en cuanto a su utilidad para el Señor. Con el cuidado de una buena nodriza, o pastor, podrán vencer esta condición del alma y llegar a ser fructíferos.

5. Los ausentes. Nunca descuide al creyente que no esté asistiendo a las reuniones. Cada ausencia debe ser anotada y averiguada. Muchas veces los cristianos nos enfriamos y nos alejamos. A uno que está así, hay que buscarle, darle calor y traerle de nuevo. A veces la ausencia se debe a causas graves.

Conocí el caso de tres hermanas, mayores de edad y de una misma familia. No fueron vistas por unos meses, pero nadie pensaba que su ausencia sería por algo importante. Por fin una persona se interesó por ver por qué ellas no estaban asistiendo las reuniones. Resulta que esas tres damas estaban hambrientas, frías y todas ellas enfermas. Y uno había ido solamente a preguntar, “¿Por qué no vienen?” Claro, la asamblea se movilizó para ayudarlas, pero con sentido de culpabilidad.

6. Los viejos. Muchos creyentes ancianos, almas preciosas, han servido fielmente su tiempo, pero ahora en los a finales de su vida están en espera el día de su partida. Sus hijos de otros tiempos han buscado su propio rumbo; los padres quedan solos con los recuerdos, y a veces los recuerdos son tristes.

Se dan casos cuando los creyentes no piensan en los viejos, salvo que estén enfermos o en extrema necesidad. Pero es un privilegio visitarles, y cuán necesario es darles consuelo y mostrar comunión hermanable. Sí, ellos tienen al Señor, pero, como nosotros mismos, necesitan y quieren la comunión del pueblo del Señor. Les hace falta el ministerio pastoral.

7. Los enfermos. Siempre están con nosotros, tantos jóvenes como mayores. Algunos están en albergues, otros en hospitales y otros en su casa. ¡Cuánto agradecen una visita! Algunos están tristes, y otros se sienten solos. Yo, por ejemplo, llevo cinco meses recuperándome de un accidente casi fatal. Había visitado a enfermos --ancianos, jóvenes y niñas con aflicciones casi incurables-- pero ahora estos meses en cama y casa me han enseñado más que nunca la honda necesidad, y la bendición, de pastorear a los enfermos.

8. Los quebrantados de corazón. Es la triste verdad que ellos abundan en pueblo de Dios. Hermanos, “quebrantado de corazón” no es una mera frase poética. Hay corazones que han cedido bajo la carga de tragedia o pesadumbre. Sólo Cristo puede vendar el corazón quebrantado, y Él sí lo hace. “El Espíritu del Señor está sobre mí ... me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón ...”, Lucas 4.18. Esos creyentes precisan del ministerio amoroso de la gracia de Cristo, extendido por uno que ha experimentado su compasión. ¡Búsquenlos!

9. Hogares desechos. Hay parejas separadas y hasta divorciadas, y con hijos. Un ministerio pastoral, suministrado a tiempo, puede ayudar a que estas cosas no sucedan, o que sean remediadas. Mucho me alegré en estos días al recibir una carta de cierto hermano joven. Su comunicación exhalaba un espíritu de Cristo en cada línea. Le habíamos conducido a Cristo años atrás, y luego le vimos crecer, pasar ileso por la universidad y salir a ejercer su profesión con éxito. Pero la cosa es que antes de su conversión, sus padres estaban a punto de divorciarse. Mi señora y yo tuvimos que esforzarnos grandemente en aconsejar a esa pareja, pero ahora tenemos el contentamiento de ver a sus hijos crecidos,



convertidos y constantes. Pero, ¿si los padres se hubieran naufragado cuando los muchachos eran pequeños?

10. Finalmente, acordémonos de **los problemas en formación** entre los miembros de la asamblea. Los años de experiencia han enseñado que la mayor parte de las contiendas que se han presentado dentro de las asambleas del pueblo del Señor han podido ser evitados, y las causas sanadas, por un ministerio pastoral. No por un pastor entremetido, ni por uno que hace mayor el embrollo, sino por un pastor que ministre oportunamente la Palabra de Dios en privado. Cuando ven que se están formando situaciones difíciles, comiencen por despachar los pastores a dar su consejo. Pocos problemas tendrían que ser atendidos a nivel de la asamblea en pleno si fueran tratados oportunamente en visitas pastorales.

D. Las calificaciones para el ministerio pastoral

Creemos que el pastor de Efesios 4:11 es un siervo llamado por el Señor mismo. Por tanto, no nos corresponde fijar sus calificaciones. Si de veras el Señor le llama a esta obra, el Señor le equipará para realizarla. Pero el ministerio pastoral no tiene que ser limitado a un siervo llamado a una obra a tiempo completo. Creemos que el pastor llamado por el Señor, debe estar libre para dedicar su vida a esta obra; debe ser mantenido en el servicio del Señor de la misma manera que un evangelista. Pero en vista de la escasez de pastores entre nosotros, nuestro llamado se hace extensivo a cualquier hermano o hermana que tiene un corazón dedicado al bienestar del pueblo del Señor. Es a las tales personas que ofrecemos las sugerencias que siguen.

1. Conocimiento. Por encima de todo está el requisito de un conocimiento vivo y práctico de la Palabra de Dios. El ministerio pastoral tiene que ser un ministerio de las Sagradas Escrituras, un ministerio de Cristo. El pastor debe saber dónde encontrar los pastos verdes. Cualquiera que sea la fase de su ministerio que consideremos -- instrucción, consejo, repreensión, corrección, consuelo o apoyo -- ella debe ser administrada por medio de la Palabra viva.

La mera trivialidad y la hueca “que te vaya bien” no forman parte del ministerio del verdadero pastor. Su visita tiene que ser saturada con las Escrituras y su conversación exhalar la fragancia de Cristo. Constantemente el pastor tiene que enfrentar problemas espirituales que pueden ser atendidos sólo por la Palabra de Dios.

2. Amor. El pastor debe tener un gran corazón amoroso. Nadie debe pensar en dedicarse a este ministerio de cosas divinas si su corazón no se desborda de amor por el pueblo de Dios. El Príncipe de los Pastores dijo: “Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen”. ¿Y por qué le siguen? ¡Porque su amor les atrae! Tiene que haber ese mismo amor exteriorizado del corazón del subpastor si aspira a ganar y cuidar las ovejas de la grey.

3. Gracia. El pastor tiene que tener gracia. La gracia es el amor puesto por obra. Podemos decir que es una fusión en el alma entre el amor, sabiduría y humildad. Es una calidad que Dios da para que uno alcance el corazón de otro y le conduzca a Cristo. Un siervo de Cristo puede amar las almas pero carecer de gracia. Que sea dicho del subpastor como fue dicho del Gran Pastor: “La gracia se derramó en tus labios”.

4. Paciencia. Para ser pastor, hay que tener una paciencia inagotable. Algunas personas son extremadamente difíciles, y ponen la paciencia a gran prueba. Algunos se creen agraviados, y otros lo son de verdad. Algunos son dogmáticos en exceso. Muchos se niegan a andar en la verdad. Estos casos requieren una paciencia que sólo Dios puede dar.

5. Discernimiento. El pastor fiel tiene que estar preparado a buscar por debajo de la superficie, sacando a la luz los secretos del corazón. Esto es aplicable, por supuesto, solamente en la medida en que encuentre una condición espiritual que requiere que el

corazón sea probado. Muchos hermanos o hermanas llevan un peso abrumador, pero podrían ser librados de él. Muchas son las tragedias que han podido ser evitadas por un ministerio fiel y amoroso.

Repetidas veces el que escribe se ha reprochado a sí mismo por haber dejado de aprovechar una oportunidad clave a sondear y tratar los pensamientos de un corazón necesitado. Una vez en nuestro servicio por el Señor nos alojamos con un hermano en Cristo, su esposa y su precioso hijo pequeño. Era un buen hombre a quien habíamos conocido por años. Estando con ellos, me di cuenta de que algo andaba mal. Procuré animar al hermano, conversando acerca de las riquezas de la gracia de Dios.

Un cierto anochecer parecía estar especialmente perturbado; su rostro reflejaba una gran inquietud. Ahora me doy cuenta de que quería dar expresión a lo que le estaba quemando, pero no supe invitarle a hacerlo. Es que no me sentí adecuado. El pastor debe encontrar siempre su suficiencia en Cristo. No mucho después, la tragedia ocurrió; no voy a abundar en explicación. En una sola hora, y por la mano de ese solo hombre, murieron el muchacho, la esposa y ese hermano en Cristo. ¡Ay! Yo no supe abrazarle a tiempo, y decir: “Hermano, ¿qué te pasa?”

E. Por qué la falta del ministerio pastoral

Hemos dicho que el ministerio pastoral ha sido ordenado por el Señor mismo, y que su importancia no puede ser cuestionada. “¿Por qué, entonces, hay carencia de esta labor entre el pueblo del Señor? Respondo con cautela, acaso el lector me considere indebidamente negativo.



Que Dios nos guarde de cuestionar en cualquier medida la fidelidad de nuestros hermanos, a quienes amamos en verdad. No es mi deseo atacar ni a los siervos del Señor ni las asambleas de su pueblo. Pero estoy convencido, fruto de larga observación, que hay una negligencia común. Nosotros que estamos en la obra del Señor dejamos de prestar la debida atención al ministerio pastoral; las asambleas no dan la debida importancia a este aspecto de la obra.

1. Hablemos primeramente de las asambleas y el ministerio pastoral.

Las iglesias locales, por regla general, no fomentan este tipo de servicio. Hacen hincapié en la predicación del Evangelio, pero a expensas del ministerio personal a los creyentes. Con demasiada frecuencia se oye que “cualquiera puede hacer las tareas pastorales”. A la luz de las Escrituras, esta idea no puede ser correcta. El Gran Pastor de las Ovejas ha provisto pastores especialmente dotados para atender a sus rebaños. Él conoce las necesidades de las iglesias. Ningún aspecto de su obra debe ser encomendado a “cualquiera”.

Hace años, cierto siervo del Señor, después de largo tiempo dedicado a la predicación del Evangelio, fue guiado de una manera clara a dedicarse al ministerio de pastor y maestro, al decir de Efesios capítulo 4. La necesidad era grande. La obra que comenzó a realizar dejó mucha evidencia de que contaba con las cualidades necesarias. Pero, en una asamblea donde invertía mucho de su tiempo, algunos hermanos (no todos, de ninguna manera) le dijeron que si él “no salía a atender a la predicación del Evangelio”, ellos no le iban a reconocerle como ocupado en la obra del Señor. Y: “Eso que usted hace, lo hace cualquiera de nosotros”.

Bueno, diremos de paso que el hermano estaba defendiendo el Evangelio en toda puerta que encontrara abierta mientras andaba en su servicio pastoral. Pero, para no dar lugar al descontento, se marchó calladamente a otros campos. Lobos rapaces entraron, sin perdonar el rebaño. Al volver al cabo de cierto tiempo, encontró a los creyentes sin cuidado pastoral, y la congregación dividida y disminuida. Una falsa doctrina había echado raíces. No citamos este caso triste como típico o algo frecuente. ¿No será que el Príncipe de los Pastores sí había hecho provisión para ese rebaño, pero que ellos dejaron de apreciarla como un don digno de estima y gratitud?

2. Vamos a considerar ahora a los siervos del Señor y el ministerio pastoral.

Hay muchos que se dedican a la proclamación del Santo Evangelio, y sinceramente damos gracias a Dios por ellos. Que su número y poder se aumenten en estos días oscuros de apostasía. Pero les preguntamos, ¿No hay entre nosotros una falta de disposición a dedicarnos al ministerio pastoral?

¿No debe llamarnos esto la atención? ¿No sería razonable esperar que nuestro bendito Señor haya propuesto y planeado que sus siervos trabajen en proporción a las necesidades que existan: evangelistas para evangelizar, pastores para pastorear? ¿No será el caso que algunos estamos faltando al no avivar el don que hay en nosotros?

Timoteo había sido designado apostólicamente como pastor y maestro, y con todo el apóstol le exhortó a avivar el fuego del don; 2 Timoteo 1.6, 2.2. ¿Será, hermanos, que el ministerio pastoral es poco vistoso, y no lo queremos porque es algo que se puede hacer sin que muchos lo sepan? Algo conocemos del gozo que da al proclamar el glorioso evangelio, y un poco sabemos del gozo mayor de ver almas pasar de muerte a vida por medio del Evangelio. Con todo, ¿qué vamos a decir, queridos hermanos, al Príncipe de los Pastores cuando nos ha mandado a apacentar sus ovejas y no lo hemos hecho?